

NEURO-PSICOANÁLISIS

UNA LOCALIZACIÓN IMPOSIBLE

Saira Iveth Escobedo Castrejón¹

Resumen: El auge de la neurociencia ha provocado un neurocentrismo tremendo acerca de la subjetividad humana, ya que todo se intenta explicar a través de redes neuronales, dejando de lado la importancia que tiene el lenguaje y con ello la estructura significativa para dar forma a un cuerpo e incluso también se da forma al malestar. Actualmente a todo se le agrega el prefijo *neuro-*, provocando que este funcione como un marcador del conocimiento. El psicoanálisis no ha sido la excepción. La práctica analítica orientada con dicho prefijo se orienta hacia el biologicismo y el individualismo, dejando del lado al sujeto del inconsciente como efecto del lenguaje, además para que un sujeto se estructure será necesaria la interferencia del Otro. A su vez el intentar localizar el sujeto, el inconsciente, la conciencia, el deseo o la pulsión en una parte cerebral es una tarea imposible para el psicoanálisis, ya que su estudio se encuentra en otro lado, en un espacio des-sustancializado, en el lenguaje.

Palabras clave: neurociencias, neuropsicoanálisis, lenguaje, Otro, sujeto, significativa.

De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. No nos

¹ Psicóloga clínica y maestrante en Psicoterapia Psicoanalítica. Coordinadora del espacio Bucle-Diálogos psicoanalíticos.. Adherente de Apertura para Otro Lacan (APOLa). Se dedica a la consulta privada en Fresnillo, Zac. Email: psicsaira22@gmail.com

es consabido, en cambio, lo que haya en medio; no nos es dada una referencia directa entre ambos puntos terminales de nuestro saber. Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia.
(Freud, 1940/2012, p. 143)

Cuando se es estudiante de una carrera que implica el mundo de la “psique”,² continuamente ocurre una primera fascinación por encontrar su lugar o por saber qué controla los estados de conciencia, el comportamiento humano, el inconsciente, los afectos, etc. El estudiante de Psicología se encuentra primeramente ante el estudio del cerebro; este se presenta como el lugar donde dichos estados se encuentran. Algunas de sus primeras materias están relacionadas con lo *neuro*³ como neuropsiología, prevaleciendo la idea de que la “psique” se encuentra en el cerebro y, por tanto, hay que estudiarlo. Se le enseña incluso a localizar los procesos psicológicos básicos (memoria, percepción, inteligencia, sensación, las emociones...) en el cerebro. Ocurre una fascinación cuando se tiene la posibilidad de conocer un cerebro humano y diseccionarlo, pero, ¡sorpresa!, no se ven los pensamientos. Si este cerebro es conservado en formol, solo se aprecian ramificaciones bellísimas de las neuronas, pero un pensamiento no se ve. Existe la certeza de que, si se golpea la cabeza de manera brutal o aparece un tumor, algo puede pasar con la conducta, pero ni aun así se ve un pensamiento al seccionar un cerebro o tomar un electroencefalograma.

Durante siglos se ha pensado que el alma o la mente se encuentran en alguna parte del cuerpo. El saber cuál es el centro de la mente o qué la controla ha causado diversas propuestas desde la antigüedad. Los griegos y los egipcios realizaban disecciones cerebrales distinguiendo el cerebro del cerebelo y la médula espinal. Hipócrates, por ejemplo, ya sostenía que el cerebro era el responsable de la conducta humana y que los oídos y los ojos eran las “ventanas del alma”, tal y

² Del griego *psyché* que significa ‘alma’. Actualmente se le nombra también como mente.

³ Significa ‘nervio’ o ‘sistema nervioso’.

como lo sostiene en la *Enfermedad Sagrada*, mencionando que: “Los hombres deben saber que las alegrías, gozos, risas y diversiones, las penas, batimientos, aflicciones y lamentaciones proceden del cerebro, y de ningún otro sitio” (Hipócrates, 1970, p. 94). Hipócrates consideró al cerebro el intérprete de la inteligencia: se sufre porque el cerebro no está sano. Aristóteles se adhirió a la idea de que el centro del intelecto se encontraba en el corazón.

Descartes (1596-1650), por su parte, argumenta que el cerebro y la mente son dos entes separados. Con ello surge el dualismo mente-cerebro; no obstante, estos elementos se comunican entre sí por medio de la glándula pineal. Y en su *Discurso del método* en 1637, nos propone a Dios como el proveedor del pensamiento, ese garante de la verdad de naturaleza perfecta, con lo cual podemos pensar al alma, a la inteligencia, el razonamiento proporcionado por Dios que lleva a pensar entonces que lo subjetivo del ser humano está por fuera del cerebro.

Influido por el surgimiento de las máquinas hidráulicas, Descartes consideraba el cerebro humano y animal como una máquina (teoría mecanicista), con la diferencia de que el cerebro humano poseía mecanismos más complejos, como el lenguaje y el pensamiento abstracto, que no poseía el de los animales. Consideraba que el cerebro controlaba la conducta humana pero que las capacidades especiales provenían fuera de la mente, es decir, de Dios.

Desde el pensamiento hipocrático se sostiene la idea de que el cerebro es el centro del comportamiento humano, el lugar donde los pensamientos tienen su origen. Con el auge de las neurociencias en el siglo XIX esta idea hipocrática adquiere mayor peso. Con la aparición del microscopio, Ramón y Cajal utilizó el procedimiento de impregnación argéntica de Golgi y descubrió que el cerebro estaba constituido por células independientes que conectan entre sí: la neurona. Por tanto, el cerebro se reveló como una máquina eléctrica compleja, provocando que la nueva biología del cerebro explicara comportamientos que anteriormente se consideraban dentro del campo de la filosofía y la teología. Quizá no se podía localizar el alma o un pensamiento, pero se podían entender las conexiones eléctricas y estructurales del cerebro. Los malestares mentales ya no se

consideraban como parte de posesiones diabólicas o maldiciones, sino que se entendían como fallas en la “máquina” cerebral.

La neurociencia se ha construido con los avances de la bioquímica, la embriología, la doctrina neuronal y la psicología, produciendo una de sus ramas: la psicología experimental. Actualmente se conoce como neurociencia moderna por los estudios realizados de Wernicke (en 1874) y Broca (en 1861) acerca del descubrimiento de las áreas del lenguaje, que corresponden al lóbulo izquierdo, dichas partes llevan sus nombres: área de Broca funciona para producir el habla y área de Wernicke para la comprensión del habla.

Los estudios de la neuroquímica han producido que determinados comportamientos se asocien con determinados neurotransmisores como la dopamina y la serotonina, sustancias asociadas al estado de ánimo, al miedo y al dolor, el lazo social, al grado de que se calcula el estado de ánimo con el aumento o disminución de dichas sustancias; sin embargo, este tipo de argumentos no permite pensar que quizá ese aumento de sustancias químicas se asocie con algo que se encuentra afuera del cuerpo, es decir, con el lazo social, con la relación con el otro a través del lenguaje.

El estudio del cerebro ha tenido desarrollos importantes acerca de su funcionamiento, pero el hecho de saber dónde se localiza la psique o el centro de control de los estados de conciencia, el inconsciente, el sujeto, el deseo y la pulsión ha generado bastante interés por parte de los neurocientíficos.

Actualmente parece que el término *neuro* se ha convertido en el marcador del conocimiento, al grado de que gran parte de disciplinas enteramente subjetivas se le agrega dicho término para querer dar respuesta a sus interrogantes. Se escucha y se lee en diversos artículos hablar de neuroeducación, neuromarketing, neurocinema, neuropsicología, neuroeconomía, neurotecnología, etc. y el psicoanálisis no ha sido la excepción, ya que desde hace veinte años se escucha hablar de “neuropsicoanálisis”.

Se escucha que se ha encontrado el gen de la infidelidad. Si se entra al buscador de Google, al poner el término *neurociencia* aparecen diversos artículos titulados como: “Neurociencia del bienestar y artes escénicas”, “Mejorar el liderazgo

a través de las neurociencias”, “neurociencia del consumidor”, “neurociencia un nuevo prisma para entender el mundo” y así podría relatar innumerables títulos que hacen referencia a cuestiones subjetivas, cuyas explicaciones siempre son neurocientíficas. El estudio del funcionamiento psíquico cae en un reduccionismo y en un neurocentrismo, donde nuestros pensamientos son meros estados materiales o neuronales.

El psicoanálisis surge para dar explicación al sufrimiento o a un malestar cultural que la medicina no puede explicar desde el cuerpo. El neuropsicoanálisis se basa en el escrito *Proyecto de psicología* de Freud, publicado en 1950, para darse sustento, proyecto donde Freud explica el funcionamiento psíquico a partir de los estímulos neuronales, provocado por el mundo exterior, que genera reacciones significativas en el interior del cuerpo, basados en sensaciones de placer y displacer, donde la vida psíquica trata de evitar el displacer y las neuronas tendrán por consecuencia un afán de descarga. Es en dicho *Proyecto de psicología* donde los neuropsicoanalistas fundamentan sus argumentos, ya que obedecen a una ciencia positivista que buscan que la cura analítica se demuestre de manera experimental.

A partir de 1999 el término *neuropsicoanálisis* fue introducido de manera formal por Mark Solms.⁴ Se le considera como una disciplina emergente que intenta integrar el pensamiento psicoanalítico con las neurociencias y sobre todo con el funcionamiento del cerebro. Esta disciplina centra su interés en demostrar los conceptos psicoanalíticos como el inconsciente, el deseo, la pulsión, la conciencia de manera empírica, llevando a los neurocientíficos a intentar localizar los fenómenos psíquicos en el cerebro, pero ¿cómo una disciplina como el psicoanálisis podría ser demostrable con las neurociencias?

Pommier,⁵ en su libro *Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*, maneja una serie de puntos donde las neurociencias se muestran con dificultad para demostrarlo, ya que presentan una necesidad tremenda por querer localizar en el

⁴ Psicoanalista y neuropsicólogo, miembro de la Sociedad Internacional de Neuropsicoanálisis fundada, en julio de 2000 en Londres. Hasta 2007 la sociedad contaba con 400 miembros en todo el mundo.

⁵ Nacido en 1941, es psiquiatra y psicoanalista francés. Fue miembro de la Escuela Freudiana de París, fundada por Lacan, y profesor en diversas universidades del país galo. También director de la revista *La Clinique Lacanienne*.

cerebro el inconsciente, la conciencia, un sujeto y han dejado de lado un aspecto muy importante que incluso ellos mismos han estudiado: el lenguaje. No se han dado cuenta que el funcionamiento del lenguaje produce desarrollos en el mismo cerebro.

El lenguaje, desde Darwin, ha producido interés por saber su origen, el cual no se ha podido encontrar; sin embargo, el reino del lenguaje es algo que distingue al ser humano del animal. No podemos negar los descubrimientos que los neurocientíficos han realizado acerca de las áreas cerebrales necesarias para que se produzca el habla; sin embargo, Pommier (2010) nos propone que hay descubrimientos que los neurolingüistas han realizado y de los cuales pierden la atención por intentar localizar la “psique” en una parte del cerebro.

Se tiende a pensar que los efectos del lenguaje se producen desde dentro (en el cerebro), pero, a continuación, se presentan una serie de argumentos que nos dicen que los efectos vienen de fuera y que nos demuestran que el cerebro es una masa moldeable por el lenguaje y el Otro⁶.

Los neurofisiólogos han realizado investigaciones importantes acerca del funcionamiento cerebral; sin embargo, los estados de conciencia, el inconsciente, el deseo, la pulsión no se han logrado localizar en el cerebro ni aun con los más desarrollados aparatos creados para estudiarlo. El neurocientífico se encuentra limitado cuando trata de localizar el centro de decisión, el sujeto, como lo nombra Pommier. No se duda de que los procesos psíquicos tienen un efecto en el organismo. El neurocientífico podrá encontrar un día conexiones sinápticas acerca de estos efectos, pero esto no explica el funcionamiento psíquico y mucho menos se logra ver un pensamiento, el inconsciente, el deseo, la pulsión.

⁶ Otro: Término designado por Lacan, para designar un lugar simbólico —el significante, la ley, el lenguaje, el inconsciente o incluso Dios— que determina al sujeto en su relación con el deseo (Roudinesco y Plon, 2008, p. 785). Lacan utiliza el término *otro* desde 1930, pero no se destacaba mucho y se refería sencillamente a las “otras personas”. Lacan lo toma de Hegel a través de las conferencias impartidas por Kòjeve. En 1955 en *El seminario 2* en la clase del 25 de mayo, Lacan lanza una diferencia entre “otro” y “Otro”, mencionando en sus propias palabras que “ese otro del que a veces les hablo, ese otro que ese el yo, o, para ser más precisos, su imagen. Aquí hay una diferencia radical entre mi no satisfacción y la satisfacción del otro. No hay gen de identidad, reflexividad, sino de la alteridad fundamental. Hay que distinguir, por lo menos, dos *otros*: uno con *A* mayúscula, y otro con *a* minúscula que el yo. En la función de la palabra de quien se trata es del *Otro*” (Lacan, 1958/1983, p. 355). Las *A* y *a* son las iniciales respectivas de *Autre* ‘Otro’ y *autre* ‘otro’.

Si bien Freud, en su *Proyecto de psicología*, hace una descripción del funcionamiento psíquico con las neuronas nombrándolas como pasaderas e impasaderas y cómo estas responden ante los estímulos externos para producir el dolor, la memoria, el hambre, el sueño, la conciencia, el placer y el displacer, también plantea el movimiento neuronal que se presenta ante el contacto con el mundo exterior, una economía del funcionamiento del aparato en función de la cantidad de excitación ante el contacto con los estímulos exteriores. Bajo estos argumentos Freudianos, algunos “neuropsicólogos de buena fe intentan salvar la herencia freudiana, según ellos en peligro: buscan mostrar que se podría — mirandolo bien— localizar en el cerebro algo como el inconsciente” (Pommier, 2010, p. 10). Bajo este sentido podemos encontrarnos practicantes de psicoanálisis que practican el método catártico como manera de descarga, con el objetivo de que el paciente “saque todo lo que tiene adentro de su cuerpo” o mejor nombrado como “adentro de su mundo interno” donde solo bastará “escupirlo” para generar alivio. No se niega que la división del sujeto y el organismo tal y como nos lo menciona Pommier en la siguiente cita, sin embargo ante el marketing de lo *neuro* el discurso, el lenguaje, en el mundo contemporánea pierde su valor de análisis.

Desde luego existe una división entre el sujeto y el organismo en el que aquél aparece aunque no por medio del alma, sino gracias a la materialidad del lenguaje: la palabra (*parole*) está de alguna manera tallada en el cuerpo, y el organismo la mantiene en su memoria, por ejemplo en forma de síntoma. (Pommier, 2010 p. 8)

Para Pommier el cuerpo crece con el impulso del lenguaje. Hace referencia al crecimiento neuronal, ya que la palabra (*parole*) oída y luego pronunciada genera esta posibilidad de expansión. Cita en su texto una serie de investigaciones acerca de cómo las neuronas relacionadas con el lenguaje se van desgastando si no son usadas; es decir, si no son alteradas por el material fonético, por el sonido del habla, se van desgastando sobre todo en los primeros meses de vida, que es cuando se trasmite la lengua materna. Por ejemplo, la lengua japonesa no puede pronunciar

ra y *la* como en occidente y, si las personas no las escuchan de manera continua, las neuronas que pudieron estar preparadas para esos sonidos van desapareciendo y se van creando otras con la lengua materna; sin embargo, los bebés japoneses de 2 o 3 meses sí logran pronunciarlas. Bajo este sentido la función del lenguaje crea el órgano, ya que el sonido posee una materialidad tan eficaz como la actividad de un músculo.

Se puede notar cómo un bebé comienza a imitar ciertos sonidos de los adultos. El balbuceo se hace presente desde los primeros meses de vida. Este acto de imitar es gracias al otro, el cuidador. Según Pommier (2010), el balbuceo sirve para poner en acto lo que es primero el sujeto de una enunciación, independientemente de su significado. Si bien la significación le es incierta al bebé, el niño hace como si hablara y, cuando su voz repite la melodía de otra voz, armando su propia máquina vocal, deja de ser un acto puramente imitativo; el sujeto desde esos primeros meses ha despegado y su nacimiento procede de una gramaticalidad autenticada por la persona a la que habla y le habla. Un bebé no balbucea espontáneamente como regularmente se piensa e incluso es común que se diga que el balbuceo es natural. Los balbuceos son sus primeros juguetes: son primeros objetos que él toma y manipula. Comienza imitando, ya que es al Otro a quien ve antes que a sí mismo.

La lengua materna y la extranjera se vuelven nuestras. Un bebé, además de imitar los sonidos, también presenta una identificación con el otro y la lengua se vuelve propia. ¿Cómo se vuelve propia? Según Pommier, porque el nacimiento del sujeto implica una gramaticalidad de intercambio, en la cual sucede un reconocimiento subjetivo donde se presenta una gramática que va del *yo* al *tú*. “La conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo un *yo* sino dirigiéndome a alguien que será en mi alocución un *tú*” (Benveniste, 1997, p.181). Un sonido aislado del intercambio con el otro no significa nada. Es por eso que Pommier menciona que se trata de una gramática de amor de un sentido a un sonido determinado. Un niño tiene en cuenta de manera espontáneamente a la persona que se está dirigiendo. Por eso podemos notar cómo los niños políglotas cambian de lengua según la lengua materna de su interlocutor.

El lenguaje no es posible sino porque cada locutor se pone como *sujeto* y remite a sí mismo como *yo* en su discurso. En virtud de ello, *yo* plantea otra persona, la que, exterior y todo a “*mí*”, se vuelve mi eco al que digo *tú* y que me dice *tú*”. (Benveniste, 1997, p. 181)

Podemos notar cómo un niño en sus primeros años de vida habla en tercera persona y más cuando la madre también le habla en tercera persona para darle alguna indicación; por ejemplo, “*mamá dice que...*” en vez de decir “*Juanito va a comer*”. En algún momento el niño dejará de realizarlo para hacer propio lo que el otro le indica y ubicar su nombre en primera persona: “*Yo voy a comer*”. Como en un primer momento Pommier (2010) menciona que este hablar en tercera persona también viene por imitación, la identificación del sujeto con el Otro producirá que el niño se apropie de su nombre ya hablando en primera persona; sin embargo, dicha identificación se produce no cuando se tiene mayor precisión sobre la articulación de las palabras, sino desde el balbuceo. Y esta apropiación de la subjetividad y el Otro es la que condiciona la construcción de un cuerpo, ya que los sonidos se integran en función de la identificación con el Otro.

Este paso del *yo* al *tú* es posible gracias a la relación con el Otro, que no deja rastro en la materialidad lingüística, y, como este Otro antecede al sujeto, da la impresión de que la gramática y, con ello, la sintaxis son innatas. Es por eso que Chomsky, en la década de 1950, pensó que existía una “gramática universal”, es decir, innata proveniente de un “órgano del lenguaje” situado en el interior del cerebro. La gramática, una vez que funciona, da la impresión de que siempre ha estado ahí, que esta no depende de ningún aprendizaje, sino como Pommier nos comenta, depende de la relación con el Otro.

Como los sentidos de los sonidos aparecen gracias a la sintaxis, el desarrollo de las neuronas se vuelve tributario de este proceso. Cosa inmaterial, la gramática modela la flexión de los sonidos, cuyo ritmo y rendimiento estimulan el crecimiento de los nervios. Este crecimiento atestigua

orgánicamente su función “lingüística”, si podemos llamar así esta primera propiedad exclusiva del amor. (Pommier, 2010, p. 33)

El lenguaje depende de la relación del lazo con el otro y este lo dota de funciones que son solamente humanas.

El niño ingresa al mundo del lenguaje desde que lleva un nombre. Cuando llega el momento de hacer el tránsito del *tú* al *yo*, dicho nombre se apropiará como un *yo*; sin embargo, este ingreso al mundo no es precisamente después del nacimiento, sino que, al nacer, ya está inscrito su lugar en el lenguaje a través del nombre propio.

“En primer lugar, el lingüista manifiesta que es en y por el lenguaje que el hombre se constituye como sujeto” (Benveniste, 1997, p. 180). En psicoanálisis hablar de “sujeto”, y específicamente en la teoría propuesta por Lacan, es asumir un valor orientado hacia un “asunto o tema” más que hacia la noción de persona o individuo. Y este sujeto, efecto del lenguaje, es el material del análisis, aspecto que las neurociencias y ahora el neuropsicoanálisis no podrán localizar en el cerebro, ya que su localización proviene de la puesta en funcionamiento a través del discurso del Otro.

Podemos notar cómo una clínica orientada hacia el neuropsiconálisis nos lleva a la noción de tratar a personas o individuos y a pensar que el sufrimiento se encuentra en el interior del cuerpo; además, orienta más la escucha del analista hacia una escucha médica orientada, incluso por teorías del desarrollo más que por el discurso del paciente.

Una clínica orientada hacia la escucha de un sujeto como asunto o tema orienta nuestra clínica hacia otro sentido que no es de la medicina, donde el material de análisis no es biológico o tangible, sino topológico, bidimensional; es decir, no se abrirá un cerebro para encontrar los pensamientos, sino que están inscritos en la palabra del paciente. Si retomamos la propuesta de Lacan (1964/1973) acerca de que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”(p. 28), no localizaremos pensamientos con un encefalograma ni se intentará reeducar al inconsciente como lo hace la psicología del yo, al intentar adaptarlo de manera adecuada al medio. El

material de un análisis no es solo lo que le paciente dice, sino que también incluye al analista y sus intervenciones. Bajo este sentido, se puede considerar que el analista trabaja con un texto, el del analizante, y, cada vez que se habla, se escribe una historia a través del significante y este es inmaterial. Lacan explica en *El Seminario 6* cómo la estructura significante realiza el llamado de Otro:

La estructura de la cadena significante a partir del momento en que ella ha realizado el llamado del Otro, es decir en que la enunciación, el proceso de la enunciación se superpone, se distingue de la fórmula del enunciado, al exigir como tal algo que es justamente la captura del sujeto, captura del sujeto que era al principio inocente, pero que aquí —ahí está sin embargo el matiz, esto es esencial— es inconsciente en la articulación de la palabra a partir del momento en que la conmutatividad del significante deviene allí una dimensión esencial para la producción del significado. Esto es, a saber, que es de una manera efectiva, y resonante en la conciencia del sujeto, que la sustitución de un significante a otro significante será como tal el origen de la multiplicación de esas significaciones que caracterizan el enriquecimiento del mundo humano. (1958/2010, p. 20)

Regresando a la noción de moda, *neuro*, los neuropsicoanalistas como Solms y Turnbull (2013) fundan sus argumentos en las lesiones cerebrales que a su vez producen alteraciones mentales. Han basado sus trabajos sobre los efectos de dichas lesiones, ya que existe un afán por demostrar de manera experimental la cura psicoanalítica. Para que deje de ser una mera “especulación de sillón” (p. 162) consideran que esta especulación no es el trabajo adecuado en su campo; es decir, se enfatiza en la tendencia donde los psicoanalistas teorizan desde su sillón, careciendo de una actitud experimental. En su libro *Estudios clínicos en neuropsicoanálisis* Kaplan-Solms y Solms (2000) se afanan por ubicar un inconsciente en un cuerpo y no por analizar cómo un cuerpo es moldeado por el lenguaje. Se proporciona una visión extraviada entre consideraciones neurocientíficas y terminologías psicoanalíticas. Su objetivo es integrar un “nuevo

punto punto de vista físico” (p. 258), que falla en su intento de abrir una nueva perspectiva metapsicológica.

Bajo este sentido, con lo *neuro* se quiere orientar al psicoanálisis hacia las ciencias positivistas, donde la práctica solo tiene que ser demostrable en un laboratorio. Se deja de lado que el psicoanálisis obedece también a paradigmas de la ciencia moderna.

Si bien el neuropsicoanálisis no es considerado por estos autores como una escuela de psicoanálisis, dicho término ya forma parte de nuestro lenguaje diario y, como tal, obedece a un paradigma de la ciencia positivista, que orienta una clínica hacia un sentido médico y de la psicología del Yo, que busca adaptar al paciente al medio en el que se encuentra más que a escuchar el sufrimiento y cómo es que este se articula según una estructura significativa, efecto del lenguaje.

Eidelsztein (2012) atiende al paradigma de la ciencia moderna y nos propone cómo es que el sujeto de la teoría de Lacan y de la práctica analítica es pertinente con la lógica del Big Bang:

Nuestra propuesta radica en considerar que la lógica utilizada por la ciencia moderna en el Bing Bang para dar cuenta del origen del universo, es la más pertinente para aplicar al sujeto de la teoría de Lacan y de la práctica analítica, por dos motivos: además de ser necesaria para coherentizar los argumentos de Lacan sobre los “ya está siempre ahí” y la sincronía del lenguaje, lo es también para poder sostener que ningún hombre ni grupo humano creó el lenguaje. En el mismo sentido, se debe considerar que tampoco existe sujeto alguno antes del inconsciente, como tampoco que éste se inicie a partir de experiencias de satisfacción u otras, vividas por alguien. Se trata de aceptar que incluso el inconsciente siempre ya está ahí, a partir de un comienzo absoluto no fechable. Con esta lógica que proponemos articular al psicoanálisis, no se requiere negar la existencia “anterior” del cuerpo biológico, pero se postula a su respecto una *discontinuidad absoluta*, un olvido radical de lo biológico en lo discursivo (p. 25).

El neuropsicoanálisis responde al paradigma de la ciencia positivista, ya que intenta relacionar los procesos inconscientes con una localización neuronal. Con la propuesta de Eidelsztein (2012) podemos notar cómo el psicoanálisis responde a una ciencia moderna, a una ciencia que no es experimental o de laboratorio. Las propuestas de la física moderna funcionan para dar un contexto al paradigma en el cual el psicoanálisis ha sido propuesto, al menos las propuestas de Lacan. El “ya está siempre ahí” y la sincronía del lenguaje que cita Eidelsztein también nos propone que no hay localización neuronal del sujeto del inconsciente: no podemos saber su origen en el lenguaje porque de este mismo no lo sabemos; de lo contrario, se caería en la propuesta evolucionista de Darwin acerca de que su origen proviene del simio. Sin embargo, el sujeto es un efecto del lenguaje y sin este no sería posible.

Este “ya está siempre ahí” puede producir un engaño en el neurocientífico, que al momento de que la gramática se instaure a partir de la lengua materna se piensa, como lo hizo Chomsky en la década de los 50s, acerca de una gramática universal y se piensa que es natural y que, por tanto, tiene una fecha de inicio y una localización cerebral. El inconsciente, al estar estructurado como un lenguaje, como lo propone Lacan, está ahí pero por efecto del lenguaje: su comienzo no es fechable.

No se trata de negar la inexistencia del cuerpo biológico o de las funciones cerebrales, porque se requiere también de estas funciones para poder articular el habla: el lenguaje y el significante son los que ponen a andar la máquina cerebral.

Así postulamos la misma lógica que utilizan los físicos de nuestra época para ser aplicada al sujeto de Lacan. La aparición del significante, es decir, de toda la batería y del Otro, funcionará como un Big Bang haciendo que, para el sujeto, lo biológico-animal anterior quede “olvidado” —en lo que proponemos designar una “falta de memoria biológica”— para la consideración de todos los efectos del sujeto en la práctica analítica y, quizá, también de la ciencia de la cultura y de la sociedad, que Lacan designa “ciencias conjeturales”. (Eidelsztein, 2012. p. 26)

No se niega la existencia del cuerpo, sino que al entrar al mundo del lenguaje el cuerpo también se convierte en un significante. La semejanza que hace Eidelsztein del surgimiento del lenguaje con la gran explosión da cuenta de que no podemos determinar un origen como tal, y, bajo este sentido, lo que hubo anteriormente queda olvidado, es decir, el cuerpo biológico, pero no es un olvido en el sentido de rechazar a ese cuerpo, sino en el sentido del efecto que el significante tiene sobre el cuerpo y que hace del sujeto un siervo del lenguaje: “Lo es más de un discurso del movimiento universal de cual su lugar ya está inscrito en el momento de su nacimiento, aunque solo fuese bajo la forma de su nombre propio” (Lacan, 1957/2009, p. 463).

Por tanto, el lugar del sujeto ya está inscrito al momento de nacer y no precisamente en una localización cerebral como lo plantea la neurociencia, sino que su localización está en el discurso del Otro, en el lenguaje. Así, el psicoanalista no trabaja con la materia cerebral, como lo hace pensar el término *neuropsicoanálisis*, sino que el material de análisis es lingüístico, y no solo se trata del sujeto sino que también las intervenciones del analista forman parte de ese material.

Esta corriente llamada “neuropsicoanálisis” funciona como un intento de seguir obedeciendo a las ciencias exactas, positivistas, donde los fenómenos psíquicos habrá que comprobarlos de manera experimental; sin embargo, la ciencia moderna puede dar cuenta de que la práctica analítica es comprobable bajo el sentido de una manera conjetural, ciencia que hace referencia al orden simbólico, tomando en cuenta los efectos del sujeto en la práctica analítica, así como la cultura y la sociedad, bajo el orden del significante. Bajo este sentido, el psicoanálisis no se queda solo en “una práctica de sillón”, sino que, tomando en cuenta el efecto del significante en la práctica analítica, se puede dar cuenta de la cura analítica. El neuropsicoanálisis parece un retroceso al pensamiento Hipocrático.

Por tanto, las neurociencias seguirán teniendo avances significativos en la localización de nuevas conexiones nerviosas: localizarán detalladamente las decenas de sonidos de la lengua en el cerebro, pero estos descubrimientos no nos dirán cómo un sujeto fabrica frases con ellos gracias al interlocutor (Pommier, 2010, p. 100).

El psicoanálisis y en específico las propuestas de Lacan muestran una manera particular para concebir al sujeto, el inconsciente, el deseo, la pulsión, etc., sosteniendo que no se trata de una teoría biologicista y localizable en el cerebro dando cuenta de la cura a través del discurso que se va estructurado por una cadena significativa. Resulta impertinente utilizar el término *neuropsicoanálisis*, porque este remite a una localización de la cual el mismo Freud menciona que no es posible, aunque él en algún momento haya intentado localizarlo en el cerebro. Es el Otro a través del lenguaje quien da la posibilidad de crear y moldear un cuerpo, pero su presencia es inmaterial. El intento por seguir localizando las estructuras psíquicas en el cerebro al estilo de Hipócrates representa un retroceso de más de dos mil años.

Referencias bibliográficas

Boletín del Instituto de Estudios Helénicos (1970). Hipocrates. Sobre la enfermedad sagrada (Trad. José Alsina), 4(1), 87-96).

Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI.

Eidelsztein, A. (2012). El origen del sujeto en psicoanálisis. *El Rey Está Desnudo*, (5), 7-55.

Freud, S. (2012). *Obras completas* (Vol. XXIII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940).

Freud, S. (2013). *Obras completas* (Vol. I). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).

Kaplan-Solms, K. y Solms, M. (2000). *Estudios clínicos en neuropsicoanálisis: Introducción a la neuropsicología profunda*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lacan, J. (1958/2010). *El Seminario 6*. (Versión crítica de R. E. Rodríguez Ponte). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires. Recuperado de [http://www.edicioneselp.net/images/secciones/documentos/El%20Seminario%206.%20El%20deseo%20y%20su%20interpretación%20\[Versión%20cr%C3%ADtica\].pdf](http://www.edicioneselp.net/images/secciones/documentos/El%20Seminario%206.%20El%20deseo%20y%20su%20interpretación%20[Versión%20cr%C3%ADtica].pdf)

Lacan, J. (1983). Introducción al gran Otro. (Trad. I. Agoff). En J. A. Miller (Ed.), *El Seminario 1* (pp. 353-370). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1973). El inconsciente freudiano y el nuestro. (Trad. J. L. Delmont y J. Sucre). En J. A. Miller (Ed.), *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pp. 25-36). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (2009). La instancia de la letra o la razón desde Freud. *Escritos 1*. (3ra ed.). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Pommier, G. (2010). *Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*. Argentina: Letra Viva.

Roudinesco, E. y Plon, M. (2008). *Diccionario de Psicoanálisis*. (2da ed.). Argentina: Paidós.

Solms, M. y Turnbull, O. (2013). ¿Qué es el neuropsicoanálisis?. *Neuropsychoanalysis*, (2), 153-165. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Christian_Salas/publication/241708342_Que_es_el_Neuropsicoanalisis/links/02e7e522b73e48c8ef000000/Que-es-el-Neuropsicoanalisis.pdf.